



Viento del Oeste / 13

Benito Lynch  
**El inglés de los güesos**

EDICIONES DEL VIENTO





## El inglés de los güesos

©Editorial Troquel, 2008

©Herederos de Benito Lynch, 2008

©Ediciones del Viento, 2008

EDICIONES DEL VIENTO S.L.

Avda. Fernández Latorre, 5 - 9, 2º E / 15006 La Coruña

Tel: 981 244 468 / e-mail: [info@edicionesdelviento.com](mailto:info@edicionesdelviento.com)

[www.edicionesdelviento.com](http://www.edicionesdelviento.com)

Diseño: David Carballal

Reservados todos los derechos. Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización escrita de los titulares del copyright, bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, incluidos la reprografía y el tratamiento informático, así como la distribución de ejemplares mediante alquiler o préstamo públicos.

ISBN: 978-84-96964-03-7

Depósito legal: xxxxxx

Impresión: Valladares s.l.

Impreso en España / Printed in Spain

# I

La llegada de mister James, o mejor aún de *El inglés de los güesos*, como le apodaron todos, provocó en los habitantes del puesto de “La Estaca” la más risueña curiosidad y la más franca chacota.

Y por cierto que no era para menos: apareció de repente, allá por el bajo de la laguna, jinete en el petiso de los mandados de “La Estancia”, más cargado de bártulos que el imperial de una diligencia, y desplegando al tope de su alta silueta, nítidamente recortada sobre el fondo gris de la tarde lluviosa, un gran paraguas rojo.

Bartolo, el hijo del puestero de “La Estaca”, que en ese momento se hallaba en el patio, muy cerca de la puerta de la cocina, fue quien lo advirtió primero y denunció su presencia a grandes gritos:

—¡Vean, vean!... ¡*Negra*! ¡Mama!... ¡Caracho!... ¡Vean!...

Y manos sobre el vientre y esparrancadas sus piernas de domador congénito, se reía con unas risotadas agudas como relinchos.

Al bullicio del chico salieron de la cocina doña Casiana, la madre; Balbina, la hermanita y “por mal nombre” *La Negra*, y Santos Telmo, hijo de otro de los puesteros de “La Estancia” y gauchito de aspecto “retobado”, que siempre andaba rondando por allí.

—¿Qué pasa, che?... ¿Por qué llamás?...

Y fue instantáneo. Tan pronto como los recién aparecidos divisaron a míster James, es decir, a aquel bulto absurdo que, coronado por una enorme margarita roja, venía hacia ellos, deslizándose lentamente sobre el tapiz verdesucio del bañado, todos estallaron en una alegre y recia carcajada:

—Pero, ¿qué es eso?... ¡Pero hagamé el favor, Virgen Santísima!... Pero, ¿qué laya de hombre es ése?...

Doña Casiana, tan seria y malhumorada de ordinario, se reía con una risa nerviosa, incontenible, que hacía sacudir toda su carne a la manera como sacude el trote el flácido ijar de los vacunos, y hasta la misma *Negra*, comunicada, trastornada sin duda por el general alborozo, llegó a decir a Santos Telmo, que estaba a su lado y a quien «le tenía negada el habla dende hacía días por cargoso y por sonso», que míster James parecía «el mesuro diablo adrede».

Pero al fin la risa tuvo que ceder su puesto a una impresión de verdadero asombro: aquel mozo rubio, seco y

largo como una tacuara, era nada menos que un sabio... Así lo decía, sin vuelta de hoja, el administrador, en una carta que el recién llegado acababa de exhibir al puestero, y en la que se ordenaba a éste alojase a míster James Gray de la manera más cómoda que fuera posible y le auxiliara en toda forma, pues debía realizar importantes excavaciones de carácter científico en la playa de la laguna de “Los Toros”.

—¡Está güeno!... ¿Y qué es lo que va a hacer en la laguna, don..., si puede saberse?

Y al decir esto, al viejo gacho le rielaba la malicia en los ojillos grises.

—Y... Irá a bañarse..., ¡pues!... —apuntó alevosamente Santos Telmo, por hacer gracia a *La Negra*, tentada a tal punto de risa, que para no estallar tenía que oprimir con sus dienteccillos el extremo suelto del pañuelo.

—Mí trabaca —contestó míster James, sin comprender la mofa—; mí busca güesas antiguos..., viecas, viecas...

—¿Dice que anda buscando viejas?...

—¡Callate, hombre! —respondió entonces el puestero, interesado—. ¡Callate un poco!...

Y prosiguió formal:

—¡Ah, ah!... Usté va a cavar, ¿no?... Pa sacar güeso de indio, ¿no?... De esas usamentas que hay sepultadas en la playa, ¿no?...

—¡Yes!... Güesas india, mí bosca, mí lleva pir museum..., ¡yes!...

—¡Ta güeno!..., ¡ta güeno!... ¡Oh!... Lo que es usamentas no le han de faltar... Vea; cuando baja la laguna saben andar las calaveras ¡ansina!..., rodando por la playa...

—¡Aoh! ¡Yes! ¡Very well!... Mí precisa mucho esos calaveros...

Doña Casiana creyó oportuno intervenir:

—Vea, don... Señor... Yeimes Grey...

—Vea, don “Yemesgré”... Yo no sé a qué comodidades estará hecho usted... El patrón lo manda, es cierto; pero como nosotros semos pobres, quién sabe si podemos atenderlo a satisfacción en estos ranchos...

—¡Aoh, siniora! Mí está acostumbrado; mí come, mí doerme linda nomás en todas partes...

Y sonreía amablemente, inclinándose como una pértiga ante la robusta dueña de casa, que, algo ruborizada y con la cara partida de risa, se limpiaba maquinalmente las manos en su delantal azul cuadriculado.

—Güeno. Entonces pase nomás, si gusta...

Y aunque las comodidades de la casa no eran muchas, el ingenio de sus habitantes por una parte y la sencillez del viajero por la otra, solucionaron fácilmente el problema de su alojamiento.

El ángulo más apartado del rancho, que servía de cocina, y que a la sazón ocupaba una gran pila de cueros lanares, resultó, en opinión general, el más adecuado para el objeto, y el mismo místico James se encargó de dirigir el arreglo, que *La Negra* y Bartolo realizaron como una diversión.

A cada frase enrevesada del inglés, la risa de la moza se desgranaba en un trino agudo y sonoro, y frecuentemente ella y su hermano tenían que dejarse caer sobre la pila de cueros, con los que estaban formando un tabique, porque les faltaban las fuerzas.

—¡Qué carnaval de hombre! ¡Qué cosa más divertida!...

—Sin embargo, míster James no parecía incomodarse por aquella descarada chacota. Al contrario, sus pequeños ojos, de un azul profundísimo, miraban complacidos la sana alegría de los dos muchachos, y a cada nueva carcajada de la moza un mohín travieso venía a acentuar por espacio de un segundo aquella leve sonrisa que estaba como estereotipada en sus labios finos.

Mientras tanto, desde la puerta del rancho, Santos Telmo, una mano en la cadera y el rebenque colgando del meñique, contemplaba la escena entre grave y risueño. De buena gana hubiese ofrecido su ayuda a los muchachos, pero no se atrevía por temor a una mala respuesta de *La Negra* en presencia de aquel extraño.

«¡Oh, como si la oyera!: “No; no quiero nada con usted. ¡Salga de aquí!...”»

¡Y él, una vez más, tendría que reírse, que disimular y que tragarse aquel ultraje, como ya se había tragado tantos otros en el espacio de los tres años que llevaba de rondar aquella “prenda”!

¡Pobre Santos Telmo! Su amor sin fortuna era el ludibrio de todos, era más conocido en el pago que la laguna

de “Los Toros” o que los “Médanos Blancos”, y, sin embargo, él continuaba aún en su empeño, sordo a las burlas que oía zumbiar en torno como mangangaes invisibles y sin conmoverse en apariencia por los desaires de la muchacha, cada vez más aguerrida y envalentonada por el ejercicio de la práctica cruel.

Antes, al principio, Santos Telmo, en la integridad de sus dignidades de pretendiente, discutía, peleaba con la muchacha, trataba de imponérsele; pero como para todos esos desplantes es necesaria una base con la que no contaba Santos Telmo: la del ascendiente amoroso, poco a poco tuvo que ir cediendo y conformándose con todo, hasta llegar a la miserable situación de mendigo pasional en que se hallaba.

«¡Oh! ¡Recordaba muy bien los comienzos de su infortunio! ¡Porque ella antes no era así, por cierto!»

Fue una tarde de verano tan hermosa como era necesario para hacer más rudo el contraste con la negra desolación de su espíritu... Se estaban peleando, como otras veces, por una futilidad, por una tontería, y, sin embargo, tanto se excitó al cabo la moza, que con sus gritos atrajo la atención del padre, que la llamó muy serio desde la puerta de la cocina.

Nunca supo Santos Telmo lo que el viejo puestero de “La Estaca” diría o aconsejaría en aquella ocasión a la muchacha, pero la verdad es que a raíz de la breve conferencia con ella volvió al lado del mozo, que la aguardaba inquieto castigándose una bota con la zotera del rebenque, y le dijo resuelta:

—Vea, Santos; yo estoy cansada, yo no quiero saber nada con usted... ¿Me ha entendido?

El sintió al oírla como un calor interno, como que se le retorcían las entrañas al igual que esas “achuras” frescas puestas en contacto directo con las brasas.

—¿Por qué? —atinó a decir al cabo, con la cara verdo-sa de angustia—. ¿Por qué, Balbina?

Pero ella, agresiva y rebosante de feroz egoísmo juvenil, le ratificó silabeando:

—Por-que-sí. ¡Por-que-us-té-no-me-gus-ta; por lo que ya le he dicho mil veces: porque no quiero saber nada con usted!

Después, él estuvo una semana sin allegarse al puesto de “La Estaca”, una semana entera, interminable de ansiedad y de angustia, en la que pensó cien veces degollarse, hasta que, por último, no pudo más, y volvió..., volvió con un gran envoltorio de tortas con azúcar negra, compradas en la pulpería de “San Luis” y que la moza aceptó complacida y saboreó sin el menor escrúpulo, sin el menor reproche de su moral primitiva, mientras él, Santos Telmo, la miraba de soslayo, unas veces con ojos de perro y otras con ojos de tigre.

Y después ocurrió lo que lógicamente tenía que acontecer: Santos Telmo, vencido, pero no resignado, siguió visitando el puesto y haciendo a *La Negra* una corte tan humilde y silenciosa como esa que hacen los canes al asador puesto a la lumbre. Y si acaso en un momento dado llegaba a olvidarse de su situación por consecuencia de

alguna familiaridad de la moza en el contacto casi diario, ella se encargaba bien de recordársela sin eufemismos.

Así, por ejemplo, decía *La Negra*:

—¡Cómo me gustaría dir alguna vez a Güenos Aires!

Y él, entonces, después de meditar un instante con las cejas contraídas, murmuraba, mirándola con ojos de reproche:

—¡Oh! ¡Si usted hubiera querido!... —Y luego y en brusca transición y en tono lastimero—: ¿Por qué no me quiere? ¿Por qué no me quiere, Balbina, un poco?

Por lo general, la moza no se dignaba contestarle; pero otras veces, fastidiada por aquella insistencia llorona, replicaba agresiva:

—¡No sea pavo!, ¿quiere?

—¡Pero Balbina!...

—¡Oh! ¡Qué fastidio! ¡No sea sonso, le he dicho!

Y el pobre Santos Telmo, avergonzado, se callaba entonces, girando en torno suyo los ojos cautelosos y umbríos para ver si alguno oyó el ultraje...

Otras veces su impotencia irritaba al mozo y le volvía impertinente, con lo que daba oportunidad a la muchacha para hacer gala de la impudencia con que aprovechaba sus ventajas.

*La Negra* cosía junto a la puerta, dando la espalda al interior de la cocina, en donde Santos Telmo estaba inmóvil, sentado en un banquito, y en donde doña Casiana se movía en el trajín de sus ollas, rezongando contra el humo de la biznaga húmeda.

De pronto, Santos Telmo llamaba en voz tan baja como un suspiro:

—¡Balbina! ¡Balbina!

Pero la moza, inconmovible, seguía cosiendo.

Entonces él, después de insistir sin resultado y por largo rato, tomaba del suelo un cascotito y se lo arrojaba suavemente:

—¡Balbina! ¡Balbina!

Y así otro, otro y otro...

Indefectiblemente, entre el tercero y cuarto cascotito, la niña daba un respingo, y con el rostro arrebolado, se volvía bruscamente hacia Santos Telmo:

—¡A ver, hombre! ¡No sea sonso! ¡A ver si se deja de embromar!

—¡No sea mala!

Y los ojos del mozo, entre doloridos y amargados, buscaban, a pesar de todo, un nuevo cascotito para arrojárselo a *La Negra*.

A veces doña Casiana intervenía.

—¡A ver, Santos! No me la fastidie... Ya sabe cómo es *La Negra*...

—¡Dejaló, mama, que es un sonso! ¡Parece mentira que haiga hombres tan sonsos!

Y mientras la moza volvía a inclinar su cabecita de negras y relucientes crenchas sobre la blanca costura, y mientras doña Casiana hundía el cucharón en la olla para revolver el guiso gorgoteante, Santos Telmo, con una sonrisa triste en los labios pálidos, se ponía a jugar con el

cascoito, arrojándolo con la palma de la mano y tratando de recibirlo en el dorso de la misma, y viceversa.

Esta era la verdadera situación de Santos Telmo en el momento de la llegada de *El inglés de los güesos* al puesto de “La Estaca”, y, sin embargo, la tarde anterior, interrogado sobre la marcha de sus ya celebérrimos amores por su leal amigo Deolindo Gómez, le había confiado muy serio:

—Y... ¡Lindo nomás! Va vendrá... ¿No sabés que ayer me mandó a que le trujese de “San Luis” un carretel de hilo blanco?

Y era alimentado, sin duda, por tales esperanzas, que Santos Telmo seguía allí, junto a la puerta, mientras la moza, riendo como una chicuela, disponía el albergue del extraño huésped.